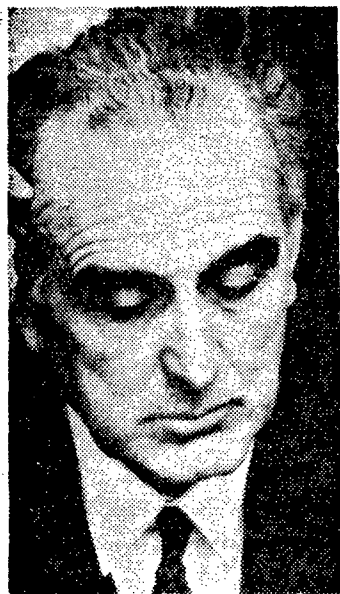


ESPAÑA ES UN PUEBLO QUE QUIERE VIVIR

Joaquín Ruiz-Jiménez



Yo sé que sienten secreta vergüenza muchos que tiraron piedras contra él. ¿Y ahora qué? Pues ahora que de las pocas evi-

mino arameo utilizado en el versículo 24 del capítulo 19 según San Mateo, y Jesús, en vez de camello, dijo en realidad maroma: un camello no cabe prácticamente nunca por el ojo de una aguja, en cambio, la maroma ya depende cómo de gruesa sea la maroma y cómo de grande la aguja. O quizá Jesús no habló de agujas y se refirió en realidad a uno de los portones de las murallas de Jerusalén: tenía el ojo demasiado estrecho, de manera que los camellos penetraban con dificultad y el viajero debía forzosamente apearse. Pero mis amigos Luis Alonso Schökel y Juan Mateos, en su "Nueva Biblia española", repiten la traducción acostumbrada: "Más fácil es que entre un camello por el ojo de una aguja que no que entre un rico en el Reino de Dios." Lo cual, que si bien se piensa, tiene castaña. Ruiz-Jiménez, coherente, tío. Su padre, ministro y alcalde de Madrid. Su abuelo, general. El chico, brillante, listo, simpático, bueno de siempre, católico de siempre, rico de siempre, "exitoso" le decían por Latinoamé-

—Veremos, veremos, tiempo al tiempo. Hemos salido de una derrota. Sabes que mi partido, Izquierda Democrática, representó la vanguardia democristiana. El ala, digamos, progresista de Izquierda Democrática vio con malos ojos nuestra alianza electoral con Gil-Robles, pero estábamos obligados a intentar la unidad. Después de las elecciones, el ala, digamos, moderada de Izquierda Democrática tiende a incorporarse a la Unión de Centro Democrático por medio de Alvarez de Miranda.

—¿Qué será, entonces, de Izquierda Democrática?

—Sabes que no soy ya el responsable directo, lo guía Manolo Villar. Pienso que Izquierda Democrática debe recuperar su fuerza política y no quedar sólo en grupo testimonial. No. El testimonio es importante; la democracia no es sólo un sistema jurídico-político, sino también una actitud ética muy profunda, una actitud de respeto al hombre y de solidaridad entre todos los hombres. Pero Izquierda Democrática aspira a intervenir en la vida pública como partido vigoroso.

—¿Cuándo?

—Ahora, luego de nuestro descalabro electoral nos corresponde una cura de silencio y reflexión. Pero no han sido las

España grande, nueva, triunfal; para colaborar en la gran empresa convocaban a los muchachos que traen ojos ansiosos de grandeza, aquella grandeza histórica de cuando en el Imperio no se ponía el sol... Demonio, y qué bien nos tomaron el pelo. Ruiz-Giménez los creyó, empezó a recorrer las tierras de América como mensajero de la gran estafa.

—Pero no hablas mal de Franco.

—No. Por dignidad; me parecería incorrecto. El me utilizó, pero nunca se fio completamente de mí; decía que yo, en el fondo, estaba atado a las ideas liberales de mi padre. Yo nunca me le rendí. Procuré trabajar honradamente, aunque mil veces he confesado mi responsabilidad y creo haber ganado bien mis credenciales democráticas. Me fui cuando comprendí que desde dentro era imposible cambiar las cosas.

No hiera, nunca hiera. Un español singular que jamás había mal de los ausentes. Aunque confiesa que dos veces le hubiera gustado darse de bofetadas: una con Ruiz Gallardón cuando escribió en "ABC" que a Ruiz-Giménez en sus contactos con los comunistas se le podía aplicar la eximente número uno del artículo octavo del Código Penal, que es la demencia. Y la otra con Eugenio Montes, que en el mismo diario acusó a Ruiz-Giménez de haber viajado a Roma para conmemorar "la gesta" de las Brigadas Internacionales en la guerra de España.

—Un día tuviste altercado en las Cortes.

—En diciembre del sesenta y cuatro, cuando mi salida violenta del sistema franquista. Fue una ruptura muy áspera. La trifulca en las Cortes me llevó casi a las manos con uno de los procuradores. Nos separaron cuando estábamos cogidos por las solapas.

El otro golpe de aire le ventó por el costado religioso. Ruiz-Giménez era un joven creyente, fervoroso y apostólico. La jerarquía cristiana de nuestro país había depositado su confianza total en los vencedores de la guerra civil. Del matrimonio Iglesia-Estado arrancaban consignas concretas de colaboración que nos llevaron a una amalgama increíble. ¿Cómo era posible que no se ofuscaran los jóvenes de buena fe, un Joaquín Ruiz-Giménez

—Monseñor Montini te llamó frecuentemente.

—A que habláramos, claro.

—¿Ha sido el hombre de Iglesia más querido para ti?

—Admiré y quise mucho a Pío XII, personaje que tú sabes no ha sido bien conocido. El puso los fundamentos doctrinales a la postura actual de los cristianos. Juan XXIII me fascinó.

—¿Y en España?

—Estuve hondamente vinculado a don Angel Herrera. También al cardenal Pla. Ahora valoro en mucho la amistad de algunos obispos.

—¿Quién influyó en tu pensamiento?

—Por supuesto, me considero discípulo político de don Manuel Jiménez Fernández. He meditado seriamente las lecciones filosóficas de Zubiri y las posturas humanísticas de Pedro Lain. El arco de mis amistades abarca zonas muy amplias.

—¿Y qué piensas de nuestros políticos actuales?

—Me admira la gran habilidad del presidente Suárez, que ha sorteado tantos peligros.

—¿Es cierto que te ofreció un cargo?

—Me llamó y lo agradecí de corazón.

—¿No aceptaste?

—Considero que debo a caso conseguirlo por los votos. Y si no lo alcanzo, continuaré trabajando sin puestos oficiales. Mi cupo "a dedo" ya lo cumplí de joven.

Naturalmente, la derecha española reaccionó duramente contra un Ruiz-Giménez que consideraban traidor. Le atacaron con saña feroz. Le calumniaron, le insultaron, le mordieron. En nombre de la religión y de la patria, intentaron aplastarle. Uno a veces se queda atónito comprobando hasta qué extremo pueden odiar algunas personas que aseguran ser católicos convencidos. Ruiz-Giménez soportó las pruebas con una categoría ejemplar. A estas alturas nadie que no sea un insensato duda de la sinceridad democrática suya. Ha sido paño de lágrimas de tantos desconocidos. Ha soportado menesterosos, cumpliendo una a una con sencillez y bondad las obras de misericordia, corporales y espirituales. Hombre del didlogo. Los cínicos le llamaron "compañero de viaje", porque, católico de profesión pública, estuvo codo a codo de los comunistas en Coordinación Democrática antes que fuera legalizado el PC. Ruiz-Giménez salió profe-

"La democracia no es sólo un sistema jurídico-político, sino también una actitud ética muy profunda"

dencias con que cuenta el país hay una indudable: don Joaquín es un caso de honestidad cristiana. De coherencia, dicen. Y no está mal dicho. El Evangelio cuenta lo del camello por el ojo de una aguja. A causa, yo creo, del egoísmo: el mucho dinero hace a los hombres duros y lejanos del prójimo. Además te descuelga de Dios, para qué lo quieres si ante el director del banco garantizas tus créditos por ti mismo. Total, que resulta difícil la entrada de los ricos en el reino de los cielos, más difícil que meter un camello por el ojo de la aguja. Los curas hemos sudado reciamente para quitar hierro a esta semejanza y tranquilizar a los ricos: que no es para tanto. Quizá la palabra griega traduce mal el tér-

rica cuando fue a predicarles ardorosamente las grandezas de España. Boda con un encanto de mujer, perteneciente a la crema de Madrid. Catedrático el más joven, director general el más joven, embajador el más joven. Ministro, el ministro más joven. Pues no se ha hecho rico, caray. Con él no va lo del camello. De joven tuvo siempre un aire de novicio franciscano, de Quijote joven. Ahora, de maduro, parece un don Quijote y un franciscano maduro. He de preguntar a su cuñado, ese delicioso fraile dominico padre Aguilar, si Joaquín lleva el escapulario grande dominicano. Sospecho que sí. La democracia cristiana ha producido en Europa este tipo de cristiano cabal. En la Italia de los años cuarenta vimos una guerrilla impresionante al estilo de aquel La Pira que fue alcalde en Florencia y predicaba la paz con fervor misionero.

—Don Joaquín...

A mi me cuesta trabajo tu-
tearle, porque lo admiro.

—Bueno, Joaquín, y si no eres rico quisiera yo saber cómo vais a pagar la deuda pendiente por la campaña electoral.

—Pagaremos, naturalmente; nuestra obligación es pagar, y pagaremos. Algunos líderes han dicho que son "deudas políticas" y que allá los bancos si partidos que perdimos las elecciones carecemos de medios para enfrentar la deuda. Pienso que no, que las deudas están contraídas por créditos que nos concedieron a personas responsables y tenemos la firma empeñada. Así que debemos pagar. Nuestros votantes van a respaldarnos. Elaboramos ahora un sistema razonable de aportaciones a largo plazo que nos permitirán cumplir honestamente.

—Pero está rota la Federación Demócrata Cristiana.

—Mantenemos una conexión para efectuar el pago pendiente.

—¿Sólo para efectuar el pago?

Aíto, un poquito ya cargadas las espaldas, aunque siempre, incluso en su juventud remota, solía doblar la espina dorsal como facilitando el diálogo. Quizá semejante actitud tras valores de símbolo, ya que Ruiz-Giménez ha sido un alto chopo entre la masa vulgar de enanos que poblamos el país, que hemos poblado el país a lo largo de tantos años.

—¿Sólo para el pago? ¿Ya no habrá democristianos unidos?

últimas elecciones. Vendrán otras. Aparecerá la necesidad de nuevas alianzas, y entonces cumpliremos un papel bueno. Hasta puede ocurrir que en un momento dado la Iglesia necesite de nuevo gente comprometida en el terreno político.

—¿Estaría en contradicción con la independencia proclamada en vísperas de la campaña electoral?

—La insistencia de los obispos, y especialmente del cardenal de Madrid, acerca de la no vinculación de la Iglesia con ningún partido político concreto estuvo totalmente ajustada a las ideas del concilio Vaticano II y del catolicismo actual. Nosotros, por otra parte, hemos explicado con claridad que no somos partido confesional, ¿cómo vamos a serlo si el núcleo de nuestra ideología pretendemos que coincida con el mismo concilio Vaticano? Sin embargo, aquella insistencia nos hizo daño, porque el único partido al que podía referirse la "no vinculación" de la Iglesia éramos nosotros, y el machacar tanto aquella idea pudo llevar a muchos votantes a la conclusión de que la Iglesia nos repudiaba. Cosa absurda, porque si no repudiaba a ninguno, menos iba a repudiarnos a nosotros. Es decir, el planteamiento fue correcto, pero los resultados, a causa de las circunstancias, evidentemente perjudiciales para nosotros.

—¿Y por qué la Iglesia podría llamarnos de nuevo?

—A mí no me gustaría, por supuesto, ya que el partido ha de mantenerse no confesional. Pero la política española tardará en clarificarse. El juego de las ideas está oscuro. Puede llegar un momento en que "alguien" haya de plantear al electorado una opción que se ajuste por completo a las exigencias del pensamiento cristiano, sin mezclas o concesiones que ocurrirán desde luego en la mayoría de los

"La Democracia Cristiana debe subrayar sin vacilaciones su carácter no confesional"

partidos. Quizá entonces será imprescindible un toque de clarín. Sería mala cosa, porque la democracia cristiana debe subrayar sin vacilaciones su carácter no confesional.

Ruiz-Giménez trata en las velas de su barco juvenil las dos corrientes de viento que habían de empujarle por la navegación equivocada. Joaquín, don Joaquín Ruiz-Giménez, se equivocó, Dios bendito, cómo se equivocó, hasta el cuello, igual que todos cuando recién salidos de la infancia nos pusieron a cantar lebrillas traducidas del alemán y aires montañeros que sonaban a glorias imperiales sin más consistencia que servir de truco para sueños imposibles. Un golpe de aire venía por el costado patriótico: los ganadores de la guerra civil prometían construir una

"Dicen que eres el único español que si llega a Roma y llamas al Vaticano le invitan a desayunar con el Papa"

vez absolutamente fiel a la obediencia religiosa?

A impulsos del aire religioso-patriótico, el velero de Ruiz-Giménez traficó las mercancías del franquismo. Y trató de acercarnos las simpatías de influjentes círculos extranjeros. Hasta que descubrió la trampa, hasta que comprendió que éramos víctimas de un engaño. Ni España caminaba hacia glorias imperiales ni estábamos enganchados a la marcha moderna del mundo. Sus convicciones políticas se tambalearon frente a la reconstruc-

ta: hoy todo el país está en Coordinación Democrática. Igual ocurrió cuando en la etapa de ministro con Franco le maldijeron porque pretendió abrir al pensamiento universal las fronteras de España, y dejar que hablaran los jóvenes, y llamar a los maestros exiliados. Me pregunto si no estará también siendo profeta incomprendido ahora que habla de un cristianismo que saca de sus entrañas gérmenes renovadores de "socialismo humanista". Le llaman débil, inseguro. Pues los cínicos podrían aún llevarse alguna sorpresa. Porque si algo necesita este país nuestro es alguien que en un momento dado sea hombre de bien, demócrata serio y político experimentado.

—¿Eres un perdedor decepcionado?

—No; soy un perdedor que sé que en la brecha.

—¿Cansado?

—A ratos; pero recupero energías.

—¿Escéptico?

—Luchó con esperanza. Tenemos la democracia en vilo a causa de la crisis económica y con el agravante de faltarnos la Constitución.

—¿Nos salvaremos?

—España es un pueblo que quiere vivir.

Pudo en su juventud parecerse a Kennedy. Podría llamarse ahora Giscard, algo más en punta, claro. ¿Quién sabe si de viejo le hallaremos parecidos con Adenauer? Siempre mirando hacia la izquierda, naturalmente. Ignoro si llegará su hora. Como llegue... es un político.

José María JAVIERRE

Dicen que eres el único español que si llegas a Roma y llamas al Vaticano le invitan a desayunar con el Papa.

—No. Qué tontería.